

LILIANA V. BLUM

YO SÉ CUANDO EXPIRA LA LECHE



Limonada rosa

Para Ramón Mier

Hunger is a powerful organizer of the conscience.
MARGARET ATWOOD, *The year of the flood*

ESTABA ACOSTUMBRADA A DESPERTARSE con cualquier ruido, por tenue que fuera. Pero no fueron los pasos, sino la luz que golpeó por un corto instante la oscuridad de la bodega, lo que la puso en alerta. Abrió los párpados, tensó los músculos y se llevó la mano al pecho. De un tiempo a la fecha había que guardar silencio; su vida era ahora una película muda. El color también se había ido, literal y metafóricamente. Todo era escombros, huesos, óxido, dolor. Avellaneda salió a gatas del barril de plástico donde dormía cubierta por varios costales de ixtle. Se asomó a través de unos estantes llenos de botellas de glifosato y pudo verlo: agitado, el hombre inspeccionaba el lugar tratando de ajustar los ojos a la pobre iluminación. De pronto giró sobre sí, como si alguien lo atacara por la espalda. Al darse cuenta de que no era nadie, exhaló con alivio. Al igual que ella se veía sucio, hambriento y lleno de miedo.

No eran muchos los sobrevivientes civiles. El tener armas o no tenerlas suponía una gran

diferencia a la hora de arrebatarse los últimos alimentos. Desde poco más de un mes la gente terminó de saquear todos los víveres de los supermercados y tiendas de conveniencia. Con el terrorismo de las semillas, la producción agrícola se detuvo por completo, pero mientras duraron las reservas de alimentos la vida continuó brevemente con la ilusión de que en cierto momento las cosechas se levantarían y todo volvería a la normalidad. Luego, los campesinos, incluidos los que participaron en las revueltas y masacres en contra de las transnacionales productoras de transgénicos, no tardaron en darse cuenta de que las semillas normales se doblegaban ante las plagas y las sequías. La producción se reducía ostensiblemente: ni los discursos a favor de lo orgánico ni las manifestaciones ni los cánticos de “sin maíz no hay país” conseguían que las plantas crecieran para alimentar a la gente. Era apenas suficiente para ellos y sus familiares, pero no más. Ante la escasez, los gobiernos decretaron que todos los granos se destinaran a consumo humano y que los pastizales donde había ganado se sembraran, por lo que las vacas, los pollos y los cerdos tuvieron que sacrificarse. Así, los alimentos se convirtieron en un lujo que sólo unos cuantos podían pagar. Algunos

expertos llamaron a este fenómeno la “somalización” de Occidente. Estaría en los libros de historia de los niños de las próximas generaciones, si tan sólo hubiera un futuro.

El hombre se detuvo cerca de los estantes, bajo un tenue rayo de luz que entraba por una pequeña ventana en la parte superior de la bodega. Ella pudo mirarlo mejor entonces. No era tan mayor; tal vez tuviera unos veintitantos, pero con una barba que crecía anárquicamente y la piel muy lastimada por el sol. Llevaba el cabello metido en una gorra estilo militar; por debajo se asomaban algunos rizos negros. Por un segundo, Avellaneda recordó el cuadro de Camilo Cienfuegos en casa de su mejor amigo. Ya había llorado por toda su familia y la gente que se fue para siempre. En algunos casos vio sus cadáveres; en otros, su ausencia y el paso de las semanas y meses le daban toda la certeza necesaria. Aún así, evocar aquella pintura y por ende a su amigo hizo que los ojos se le anegaran.

Tal vez ella emitió algún sonido al llorar, o quizá él sintió su mirada sobre sí: el hombre se volvió y la vio. Avellaneda no pudo adivinar lo que él estaba sintiendo. Su cara no se puso roja; se tornó blanca. Aunque la asustada era ella, el hombre sacó el cuchillo y lo sostuvo frente a él. Avellaneda percibió un ligero temblor en

aquella mano horribilmente cicatrizada. Ella sólo atinó a levantar las suyas para convencerlo de que no era una amenaza.

No estoy armada.

Sal acá para que te vea, ordenó él con tono firme.

La revisó y después volvió a enfundarse el cuchillo en un pedazo de tela gruesa, como de cortina. Avellaneda movió la cabeza en dirección a los estantes; él la siguió. Si fuera a matarla ya lo habría hecho, pensó. No era bueno estar en la parte abierta de la bodega. Hace tiempo que nadie entraba, pero las calles eran ahora más peligrosas que nunca. Sin producción de alimentos las economías del mundo se paralizaron. El dinero era inútil sin comida que comprar. La única ley era la de la fuerza. Después del saqueo, los animales domésticos y los callejeros fueron la primera opción. Desde luego también los silvestres, para quienes tenían las armas y los conocimientos para cazarlos. En las ciudades de la costa el mar continuaba lleno de vida, pero las turbas de ciudadanos desesperados por comer carecían de técnicas de pesca y organización, por lo que terminaron por destrozar las lanchas y herramientas de trabajo de los pescadores. Lo que siguió por supuesto fue el canibalismo y la agricultura de supervivencia, siempre

amenazada por los ladrones.

Avellaneda lo llevó por detrás de los estantes a una parte de la bodega llena de tanques con herbicidas. Uno de ellos, horizontal, era el que utilizaba para dormir y estar al tanto de la entrada principal. Tomaron asiento sobre un par de cubetas de plástico puestas al revés. El piso estaba cubierto con pedazos de cartón y empaque para envíos. Permanecieron en silencio por un rato, mirándose incómodamente, como un par de pacientes en la sala de espera del dentista.

Me llamo José. José Durruti. Extendió la mano hacia Avellaneda, pero ella pareció no advertirlo: trataba de no temblar y miraba sus propios zapatos. Eran grandes para ella; le pertenecían a un desconocido que apareció muerto sobre la banqueta. Antes de que el cuerpo desapareciera, ella le expropió el calzado. Los suyos eran de tacón. Rotos. Una tortura.

Yo soy Avellaneda, dijo al fin y miró a Durruti a los ojos para demostrarle que no le tenía miedo, aunque en realidad su cuerpo se sacudía sin control debajo del overol. Ése lo encontró allí mismo en la bodega y ahora era su atuendo diario. Debajo usaba cualquier cosa, pero siempre se cubría con el overol que usaban los trabajadores de la bodega, en aquellos

tiempos cuando todo era normal. Su falda y blusa de secretaria eran ahora un pequeño bulto que fungía como su almohada dentro del tanque que era su cama. Durruti. El nombre, por supuesto, le era familiar. Avellaneda irguió la espalda y se apretó las manos, como si fueran un trapo para exprimir. ¿Tienes hambre, Durruti?

Hacer la pregunta en esos tiempos era imperdonable. Una obviedad. Todo el mundo tenía hambre. Pero era también una cortesía del pasado. Un anacronismo de bondad. José Durruti asintió tratando de no demostrar demasiada urgencia y ella dijo que podía ofrecerle algo si la esperaba allí. Le dio la espalda para mover unos cartones y botes de una esquina que ocultaban una pequeña puerta de metal. Otra oportunidad para matarla si quisiera hacerlo. Pero cuando regresó, él seguía allí, como el dinosaurio de aquel cuento. Con la diferencia de que era uno de los terroristas que habían empezado todo aquello y no solamente un saurio pasivo. Estaba segura, no sólo por el apellido, que no era la cosa más común, sino por esa mano con la piel quemada, una gran cicatriz blanca rosácea que ella fingió no mirar. Cuando las autoridades lo buscaban usando todos los medios de comunicación posibles, siempre aludían a esa señal particular: una bomba casera

le había estallado cuando era un adolescente y comenzaba a construir y poner explosivos en los cajeros automáticos. Avellaneda volvió a sentarse sobre su cubeta y le extendió un recipiente plástico lleno de croquetas.

Él agradeció con un movimiento de cabeza y comenzó a comer con desesperación. Ella le acercó una botella con el agua de lluvia que recolectaba de la azotea. Mientras lo miraba engullir el alimento para perros, le explicó que esa era la bodega de un negocio que vendía cosas para el campo: Monsanto, Dow, Bayer, etc. Pronunció las marcas despacio, esperando ver una señal en la expresión de Durruti. Después de todo, ¿no fue él uno de los que habían hecho explotar todos los laboratorios, fábricas y *headquarters* de las grandes trasnacionales? ¿No era él quien en persona prendió fuego a los altos directivos? Al menos eso dijeron los diarios, cuando aún circulaban. Pero Durruti no se inmutó y siguió comiendo, parando sólo para dar pequeños sorbos al agua. Avellaneda preguntó entonces:

¿Y quién eres?

Ya te dije cómo me llamo.

No es lo mismo, un nombre y una persona, dijo ella tomando unas croquetas también. Algunas eran redondas y otras tenían forma de

pequeños huesos. Siempre era medida para comer: su arsenal de alimentos para animales granja se agotaba y entonces tendría que salir de su escondite y ser como los demás. Hasta entonces había sobrevivido con la comida de los conejos, tilapias, cerdos, pollos, camarones, perros y gatos. Tal vez no debió compartir sus escasos recursos con un terrorista.

Uno se olvida de quién es cuando está solo mucho tiempo, dijo él golpeando un par de veces su pecho, como si no pudiera tragar. ¿Esto es todo lo que tienes para beber? Es horrible.

Avellaneda permaneció en silencio, sin masticar, con una sonrisa forzada de nuera cuando la suegra hace uno de sus comentarios. Pensó en una botella de limonada rosa que guardaba desde que empezó todo. Era de una nueva marca que usaba genuinos limones de color rosa, una especie modificada genéticamente a partir del material de la naranja roja y otras frutas. *Cero colorantes todo el sabor*, rezaba la etiqueta. Los anuncios iban dirigidos a mujeres femeninas, vestidas con ropa de colores pastel de los años 80s del siglo pasado. Avellaneda había querido beberla muchas veces, pero desistía y tras mirar largamente el líquido terminaba por guardar la botella, como si fuera una especie de garantía para sobrevivir hasta la

mañana siguiente. Sintió esa punzada que le recorría las vértebras cada vez que alguien irrumpía en el almacén para buscar entre los despojos, mientras ella se agazapaba sin tragar saliva, rezando porque el latir de su corazón no la delatara. Pero él soltó una carcajada al verle la cara de susto. Luego se rió de esa forma en la que los hombres hacen cuando están disfrutando de ser hombres, como si viera un partido de fútbol con amigos, cerveza en mano. Mejor hálame de ti, dijo Durruti. Las palabras podían sonar a amabilidad, a genuino interés, pero el tono era autoritario. Avellaneda pensó en salir corriendo, pero la calle no era mucho más segura. Al contrario. Afuera estaban los que hacían de los más débiles la proteína de esos caldos que cocinaban en contenedores metálicos. Así que le contó sobre su trabajo de secretaria en aquel negocio y cómo había estado trabajando horas extras cuando el fin de todo comenzó. Cómo al intentar ir a casa la encontró saqueada, a su madre muerta y a su padre desaparecido. Ella tomó unas pocas cosas, una manta, un cambio de ropa, la poca comida que no se habían llevado, y regresó a la bodega. Las casas habitación y los supermercados eran los lugares más obvios para el saqueo y por lo tanto, los más peligrosos. Llevó también un pequeño radio que sirvió

hasta que se terminaron las pilas o las estaciones dejaron de transmitir, que fue más o menos al mismo tiempo. Desde entonces vivía allí. No hay mucho más que decir, dijo ella tratando de sonreír. Tenía la garganta seca y sin querer pensó en la limonada. Durruti le ordenó que lo llevara hasta donde guardaba el alimento para animales. Avellaneda se puso de pie y caminó sintiendo que sus articulaciones se habían descompuesto. Escuchó el sonido de la hoja de un cuchillo al salir de su funda. Lo percibió cerca, a sus espaldas. Justo después de que abrió la pequeña puerta, el metal entró con limpieza por debajo de su homóplato derecho y por entre sus costillas. El aire y la sangre se le escaparon al mismo tiempo: para cuando su cabeza golpeó contra el suelo, ya no sentía nada. No pudo ver cómo él, husmeando dentro del tanque, encontró la botella con la limonada rosa. Una apropiación instintiva: la abrió y la bebió en el mismo instante.

Tarde sin sol

Para Ana Julia Trejo

ANABEL ODIABA LA LLUVIA y sus efectos secundarios. Vio las primeras nubes grises cuando regresaba caminando de la escuela; aunque era un alivio alejarse de las burlas, los chistes de gordas y las bolitas de papel lanzadas anónimamente desde la parte trasera del salón, la idea de la inminente lluvia la angustió por completo. Por un momento tuvo la esperanza de que caminando también se alejaría el mal tiempo, pero se difuminó en cuanto escuchó las primeras gotas golpeando sobre el techo de la parada del camión y vio el cemento de la banqueta volverse gris oscuro. ✨

Cuando Anabel llegó a casa fue recibida por el aroma de la carne asada y el olor del pudín de verduras que a su madre le gustaba preparar los miércoles. Se apuró a subir a su cuarto para cambiarse la ropa húmeda. Luego entró a la cocina: su madre y su hermana Irene ya habían empezado a comer, pero el plato de papá estaba sin usar frente a él, esperándola. Anabel se sentó a su lado y comió en silencio mientras Irene relataba su día en la escuela y la señora Alanís escuchaba atenta. Cuando todos terminaron de comer, su papá recogió la mesa y comenzó a

lavar los trastes mientras Anabel se quedó en la mesa comiendo un poco más.

Con el calor, la cara de Anabel se volvía brillante, evidenciando la curvatura de sus mejillas y la bulbosidad de su frente. Su madre la acusaba de ser una niña sebosa y sucia, que no tenía ni la iniciativa de ir a lavarse. A pesar de eso, era preferible el sol que le enrojecía la piel, el sudor que la llenaba de salpullido entre las piernas y los pechos precoces, a la lluvia. Anabel iba en tercero de primaria, pero desde entonces le resultaba claro que todo en la vida venía con un precio. Por la frescura de la lluvia había que pagar la convivencia forzada con su hermana. En un día soleado, Irene podía dirigir su deseo de competencia en jugar sóccer, nadar, o en cualquiera de las actividades deportivas que tomaba por temporadas, hasta que se aburría de ser la mejor y buscaba otras más retadoras. Pero la casa era un lugar reducido para una atleta de diez años y una gorda de ocho que, hipnotizada mirando la lluvia caer por la ventana, se imaginaba viviendo en un bosque encantado lleno de hongos mágicos, lobos, brujas, ogros, y otros personajes menos peligrosos que su hermana.

Anabel salió de la cocina cautelosamente. Si lograra llegar hasta su cuarto sin ser

descubierta y encerrarse allí, tal vez podría estar tranquila. Se asomó a la sala y vio a su madre sentada en el sillón de la salita de televisión, con las piernas cruzadas, el peinado y el maquillaje impecables, hablando por teléfono con una amiga. Describía con detalle los vestuarios de las asistentes a una reunión mientras enredaba el dedo meñique en las espirales del cable telefónico. Como si quisiera pensarse en otro lugar, hablaba con los ojos puestos en alguna telaraña inalcanzable en el techo. Su madre tenía la boca muy roja y la cintura pequeñísima, como las amas de casa de los anuncios americanos de electrodomésticos de los años cincuenta.

Anabel regresó a la cocina y abrió la puerta que daba al patio. Por la pequeña ventana del cuarto de servicio vio a su padre leyendo sentado en una silla vieja situada entre la lavadora y el burro de planchar. En la pared había un crucifijo y junto a éste, un cuadro del Sagrado Corazón. Anabel creía que aquella imagen era mágica, pues los ojos del Cristo parecían seguirla al pasar por el frente. El turno de la muchacha de servicio terminaba en cuanto dejaba lista la comida del día. Entonces entraba al cuarto del Sagrado Corazón para cambiarse de ropa y peinarse. A Anabel le gustaba verla

salir con los labios muy rojos y con una gruesa línea negra debajo de las pestañas. El olor de su perfume permanecía por muchos minutos después de que ella iba. Pero Anabel no era la única que la espiaba al salir: su papá también estaba al pendiente, porque sólo entonces tomaba un paquete de galletas de la alacena y se preparaba un café instantáneo. Luego se encerraba en el cuarto de servicio para leer sin que nadie lo molestara. La pequeña habitación tenía una ventana por la que entraba el aire fresco y una pera polvorienta que colgaba de un cable y emitía una luz opaca. Olía a suavizante de telas, a jabón de teja, al perfume de Marina y a Nescafé.

La niña no quiso molestar a su padre y se volvió a la casa. Pasó por enfrente de su madre que seguía al teléfono y no hizo ningún gesto de validar la existencia de su hija. Anabel subió las escaleras despacio, tratando de no hacer ruido, pero las escaleras de madera tapizadas con la alfombra, crujían bajo sus pies. Cuando era más pequeña, Anabel creía que se trataba de brujas que entraban a la casa y venían a comérsela. Irene aseguraba que las brujas tenían afición por los niños gordos como cerditos. Al llegar al rellano de la escalera, Anabel escuchó la voz de su hermana personificando la voz de varias de

sus muñecas Barbies, a las que cada vez se parecía más. Ojalá se quedara allí por un buen rato.

Anabel dio la vuelta y regresó a la planta baja; sacó de su mochila un libro de cuentos infantiles y se acostó en el pasillo a leer. Al poco tiempo ya estaba absorta en las imágenes de aquellas princesas rubias que tenían cinturas del mismo ancho que sus cuellos largos y pálidos. Perdida en las historias, bajó la guardia. Al intentar voltear la hoja, el pie de su hermana, metido en uno de sus tantos tenis Nike, se dejó caer sobre la página que Anabel leía. Irene no sólo era dos años mayor que ella: era mucho más alta que las otras niñas de su misma edad, y además aumentaba en estatura desde la perspectiva del suelo de su hermana menor. Levantó los ojos suplicantes. ¿Qué rescate tendría que pagar para liberar su libro y el derecho de mirarlo en paz?

Vamos a jugar una carrera por el pasillo.

No quiero.

Anabel se mordió el labio inferior y bajó los ojos. Había perdido hace poco el último de sus dientes de leche y los nuevos habían brotado sin orden entre sus encías. Una razón más para que los otros niños, empezando por su hermana, se burlaran de ella. El tenis giró hacia un lado y

luego hacia el otro, como los limpiaparabrisas del carro de papá, magullando las páginas de su libro, que se despegaron del lomo.

No, Irene, por favor, no.

Entonces vamos a correr, hermarrana, dijo riendo. Luego infló los cachetes y abrió los brazos como paréntesis, haciendo un ruido porcino. Siempre que su madre era testigo de la imitación que hacía Irene de su hermana menor lo celebraba con risas. Luego se alejaba meneando la cabeza como si desaprobara ligeramente: ah, estas niñas, estas niñas.

¿Para qué si siempre me ganas? La voz de Anabel se comenzó a craquelar con las primeras oleadas del llanto reprimido.

Con razón estás hecha una cerda: ¡qué floja eres!

Anabel se levantó con dificultad. Sintió un poco de mareo y sus piernas con las hormigas electrizantes que la recorrían cuando estaba en la misma posición por algún tiempo. Abajo quedó su libro con las páginas sueltas y manchadas por la suela. No necesitaba un espejo para saber que tenía los ojos inyectados de furia y de ganas de llorar. Se acomodó la pantaleta que invariablemente se colaba entre sus nalgas al sentarse, y caminó con su hermana hasta el principio del pasillo, consciente del roce entre

sus muslos bajo la tela del vestido. La casa era amplia y a lo largo del corredor, de unos quince metros, se miraban las puertas del estudio, el baño de visitas y el cuarto extra, en el que se quedaba la abuela por temporadas largas, y la puerta a un patio interior adornado con macetas. Seguía lloviendo: Anabel vio las gotas de lluvia resbalar por los vidrios y uniéndose en un pequeño charco antes de perderse por la coladera central. Los cactus añoraban el sol tanto como ella.

Irene se inclinó hacia el frente y se apoyó con dedos abiertos sobre el piso: una pierna doblada y la otra extendida. Era la posición que adoptaba en la pista de tartán de la escuela, cada vez que competía en cien metros para luego ser la primera en cruzar la meta. ¿Por qué le producía entonces tanto placer ganarle a ella? Anabel sintió el brazo de su hermana presionándola con fuerza hacia abajo.

No seas tramposa. Tienes que ponerte en posición de salida.

Anabel tragó saliva y sintió en la garganta el saborcillo de sus lágrimas. Apretó los puños y balanceándose hacia los lados, trató de imitar a Irene. Su trasero estaba al aire, pero no consiguió estirar la pierna de atrás. Giró la cabeza y vio el perfil perfecto de su hermana,

con la pequeña nariz de muñeca, la piel bronceada y los ojos verdes. El cabello marrón con brillos rubios le caía hermosamente sobre la frente. Era increíble que tuvieran los mismos padres.

¿Qué me ves, miss Piggy? ¿Ya estás lista?

Anabel asintió en silencio, tensó todos los músculos y tuvo un *déjà vu* en el que su hermana mayor llegaba metros y segundos antes a la meta, brincando de felicidad, como si hubiera sido difícilísimo ganarle a una niña más pequeña y de casi el doble de su propio peso. ¡Gané, gané, gané, gané! diría corriendo hasta donde su madre para anunciarle el triunfo. Luego, cuando volviera a encontrársela en cualquier lugar de la casa, canturrearía: perdiste, perdiste, perdiste, perdiste, panzona. Como si Anabel no hubiera participado en la carrera o ya hubiera olvidado el resultado.

En sus marcas...

El ruido de la lluvia contra los cristales, el murmullo de la voz de la madre, su libro roto, el sudor bajándole por la espalda, las ganas de no sentir ganas de llorar, el sonido mudo de la sangre recorriéndola por dentro, su estómago pidiendo más alimento, el encierro de su padre, el olor dulce que exudaba la piel de Irene, el salpullido entre los pliegues de su propia piel

....listas...

La voz cristalina de su hermana podía ser, a su antojo, autoritaria y fría, o emotiva y cálida. Era la del primer lugar en declamación en la escuela, la del coro en la iglesia. Mientras que ella cantaba como los mismísimos ángeles (así decían todos), Anabel buscaba caracoles en el pequeño jardín junto al atrio. Los animales escondían la cabeza cuando ella les acercaba un palito de madera. El caparazón inerte parecía decir no hay nadie aquí. Cuando su madre llegaba a reñirla porque iba a ensuciarse los zapatos y porque era su obligación sentarse y rezar, ella deseaba desaparecer igual que un caracol. No hay nadie aquí, mamá, nadie

....¡fuera!

El cuerpo de Anabel salió un instante antes que el de Irene, como si tuviera sus propios planes. Corría unos centímetros adelante de la campeona y parecía ser dirigido por alguien más: Anabel era una pasajera asustada en un taxi veloz. Sólo le quedaba aferrarse al asiento y prepararse para lo peor. Por eso, cuando de pronto su masa corporal se dirigió a la derecha con una energía inusual empujando a Irene contra la pared, se sorprendió mucho. Su hermana chilló, pero Anabel sólo podía concentrarse en el dolor en el costado de su brazo

gordo, de su tronco gordo, de su muslo gordo, y en las manos gordas que se rasparon contra el suelo, víctimas de la inercia. Cuando se volvió a mirar a Irene, ya su madre estaba gritándole. Pero ella miraba por la ventanilla de su taxi, cautivada al ver a su hermana mayor sangrando de alguna parte de la cara, o cráneo, era imposible saber de dónde provenía toda aquella sangre. Lloraba mucho, aullaba casi, y a Anabel se le ocurrió que hasta ahora, nunca había visto llorar a Irene por nada que tuviera que ver con su propio cuerpo. Era capaz de hacer berrinches, de acusarla por cualquier cosa y fabricar lágrimas y mentiras para obtener lo que quería, pero este llanto era verdadero.

Después de llevar a Irene al sillón, de limpiarla y hacer que echara la cabeza hacia atrás con una bolsa de hielo sobre la herida, su madre regresó a la escena del crimen. Tenía las aletas nasales muy abiertas y los ojos enrojecidos. Como si nada hubiera pasado, Anabel había vuelto a su libro, aún en el piso, y trataba de acomodar las hojas arrancadas, cuando sintió que su mamá tiraba de su coleta con todas sus fuerzas. Era como si quisiera sacar de cuajo una maleza de raíces profundas y Anabel tuvo que ponerse de pie lo más rápido posible para acortar esa sensación. No había

precedentes: la hija gorda nunca había hecho nada en contra de la consentida, pero lo que le esperaba no podía ser bueno. Por eso, dando un giro brusco y súbito que hizo que su cuero cabelludo palpitará de dolor, dejó a su madre con sus cabellos en la mano y huyó corriendo hasta el cuarto de lavado.

Anabel se mojó un poco al cruzar el patio de servicio. El señor Alanís apenas tuvo tiempo de levantar el libro de su regazo, cuando la niña se echó a sus piernas y se prendió de él. Estaba húmeda y respiraba con dificultad, tratando de recuperar el aliento. Atrás, como el gigante Fi-Fai-Fo-Fum, venía su esposa acusando a la hija menor de empujar contra la pared a la mayor. Los brazos de Anabel se aferraron a su padre. Por el rabillo del ojo, Anabel vio la punta de los zapatos maternos detenerse en la entrada. La imaginó con los brazos en la cintura y apretó los ojos. No hay nadie aquí. Pero podía escucharla.

Anabel lo hizo a propósito, aseguró la madre.

¿Estás segura?, preguntó él acariciando la cabeza de la niña.

Claro que estoy segura. Mi hija está allá sangrando, dijo la señora Alanís al tiempo que apuntaba con el índice hacia la casa. Anabel no pasó por alto que su madre había dicho “mi hija está sangrando” y no “mi otra hija está

sangrando". Sus palabras siempre fueron objetos arrojados del modo que causarían el mayor daño posible. El lenguaje es tan poderoso.

¿Y tú viste cómo pasó todo?, insistió papá. Es que suena muy raro: Anabel nunca haría algo así.

Ella no respondió. Anabel la vio avanzar decididamente hasta ella y arrancarla del cuerpo de su padre. Él suspiró y por un segundo pareció que sus brazos iban a retener a su hija, que los dos adultos comenzarían a pelear por ella, jalándola para su respectivo lado. Pero fue sólo un gesto. Ahora estaba en manos de ella.

De castigo, te vas a tu cuarto sin cenar. Allí te quedas hasta mañana.

No mami, perdóname, no mami, hasta mañana no.

Anabel alcanzó a ver que su papá se ponía de pie, pero además de llamar a su esposa por su nombre, en tono bajo y suplicante, no hizo nada más. Los dedos maternos ya la dirigían de vuelta a la casa, clavándole las uñas alrededor de su brazo. Cuando subía las escaleras tratando de llevarle, Anabel cruzó la mirada con la de Irene. Le pareció ver un brillo de felicidad en los ojos de su hermana. Luego vino un empujón en la espalda y se encontró dentro de su cuarto.

Después el estruendo de la puerta al cerrarse. Una punzada en su brazo, las marcas rojizas en su piel.

Anabel se asomó por la ventana. A su edad no entendía mucho del tiempo: en la escuela no acertaba a poner correctamente las manecillas del reloj en los exámenes. Pero sabía que al ponerse el sol, era hora de cenar. Afuera, la lluvia caía con menos fuerza y el cielo estaba gris. Los autos cruzaban por la calle a toda velocidad, la gente iba de un lado a otro. Todavía no era de noche. Anabel se acostó sobre su cama, cerró los ojos. Intentó pensar que no tenía hambre y que había sido un día soleado.